

Septiembre 13, 2001

ESTADOS UNIDOS Y SU TENEBROSO ENEMIGO INVISIBLE

Por Agustín Saavedra Weise

Una vez consolidada su expansión territorial, la superficie continental de los Estados Unidos de América pasó a gozar de una situación geográfica envidiable para cualquier país aspirante a superpotencia, algo que ciertamente lo es la gran nación del norte.

En efecto, con solamente dos vecinos mucho más débiles al norte y sur (Canadá y México) y con los océanos Atlántico y Pacífico como fronteras naturales en este y oeste, las amenazas externas han sido y son mínimas.

Obviamente debemos agregar Alaska, las islas Hawai, Puerto Rico y otras posesiones de ultramar para completar la extensión del país, pero el “grueso” de su territorio se encuentra dentro de los indicados márgenes.

Como consecuencia de esa tan privilegiada configuración, EE.UU. no ha sufrido en los últimos cien años ningún tipo de invasión foránea, salvo las audaces incursiones por Texas del legendario Pancho Villa entre 1915 y 1916.

El ataque a Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941 se lo realizó en las islas del Pacífico y muy lejos del continente. Allí perdieron la vida casi 2000 personas. Y ese acontecimiento –como es sabido– precipitó el ingreso de los Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial, al declararle la guerra al Japón agresor y luego a la Alemania nazi.

Las máximas pérdidas de vidas dentro del espacio norteamericano de EE.UU. se dieron durante la sangrienta guerra civil (1861-65). Eso cambió este infausto 11 de septiembre del año 2001, cuando el mundo observó con horror el ataque suicida a las torres gemelas del Centro de Comercio Mundial en Nueva York y al edificio del Pentágono en Washington. Todavía no se conoce el número total de víctimas y quizá no se lo conozca nunca, pero es un hecho que han muerto muchos miles de personas, calculándose las fatalidades en cifras que van desde los 12.000 hasta más de 25.000 pérdidas humanas. Una verdadera tragedia, no solamente para Estados Unidos, sino para todo el mundo civilizado.

Al momento de enviar esta columna, no podemos vislumbrar lo que sucederá hasta el momento de su publicación, aunque es probable que la reacción estadounidense no se

haga esperar y se produzcan bombardeos contra la capital afgana, Kabul, o en otras latitudes del planeta donde se sospecha la existencia de nidos terroristas. No sabemos lo que pasará, solamente se puede especular.

El problema, sin embargo, es mucho más complejo que una represalia como lógica venganza frente al cruel atentado reciente. En el pasado, EE.UU sabía contra quien luchaba y el agresor era identificable y visible. Ahora eso no sucede, el enemigo es invisible o se disfraza muy bien y no se sabe cuan largo es el brazo del terrorismo mundial que desea golpear al “gran Satán” de los musulmanes fundamentalistas, como cruelmente bautizó a USA el fallecido Ayatollah Komeini del Irán.

El terrorismo es uno de los mas crueles actores del actual sistema internacional. Golpea en cualquier parte del globo, no le preocupa asesinar a niños ni ancianos; está y no está en múltiples lugares, a veces simultáneamente. En fin, es un enemigo mucho mas temible que el tradicional rival que uno tenía enfrente y que sabía debía doblegar para salir victorioso. Ahora es imposible hablar de victorias, pues el terrorismo –como una especie de patología social recidivante– retorna y retorna en forma implacable.

¿Qué es lo que hace que una persona o grupo de personas pueda ser capaz de tantas atrocidades y enormes dosis de fanatismo? ¿Cuáles son las causas subyacentes del terrorismo, sea este vasco, islámico, palestino, israelí o de cualquier naturaleza? Estas son las preguntas que deben ser respondidas para intentar dar una solución definitiva al terrorismo, o por lo menos a gran parte de él. Solamente si vamos a la raíz misma del problema, quien sabe, a lo mejor encontraremos la solución. Caso contrario y mientras causas irredentas, reivindicaciones, aspiraciones, nacionalismos, enconos y antiguas rivalidades sigan sin ser solucionados, el terrorismo continuará su tenebrosa marcha y la lucha contra este flagelo será casi imposible.

El enemigo invisible acecha y poco puede hacer toda la parafernalia militar y tecnológica de Estados Unidos para impedir sus movimientos. Dios quiera que no se produzcan más hechos terribles, pero si una lección podemos rescatar de todo esto, es que hay que ir a las causas del terrorismo para eliminarlo de cuajo. Los culpables de acciones deleznales deben ciertamente ser encontrados y llevados a la justicia, pero el problema es más profundo y hay que atacarlo en su base fundamental.

Un nuevo tipo de guerra asoma en el horizonte del tercer milenio y el escenario no

es agradable; poco se puede hacer frente al tenebroso enemigo invisible.

Ojalá Estados Unidos y el mundo libre encuentren las respuestas adecuadas para eliminar no solamente a los terroristas, sino también a las motivaciones que los fomentan.

-----0000-----